

VALORACIÓN Y APRENDIZAJE DE LOS REFRANES

Miguel Ángel DE LA FUENTE GONZÁLEZ
Escuela Universitaria de Educación (Palencia)

RESUMEN

Abordaremos brevemente cuatro puntos relacionados con la didáctica de los refranes: su valor, los objetivos y contenidos de su aprendizaje y, finalmente, algunos ejercicios y actividades para la clase de Lengua y Literatura.

ABSTRACT

We will shortly approach four points: the value of proverbs, their classification approaches and selection as well as, the possible didactic aims and, finally, some exercises and activities to be used of the proverbs in the class of Language and Literature class.

Aunque mínimos en su forma, los refranes tienen un contenido de gran interés y trascendencia socio-cultural, además de haber sido un recurso de la expresión oral, desde tiempo inmemorial. Hoy, sin embargo, las cosas han cambiado mucho y quizás no sea suficiente el cauce normal de aprendizaje, el tradicional boca a boca, sino que necesita un tratamiento y refuerzo didáctico.

En una planificación para lograr que los alumnos, o cualquier otra persona, entre en contacto con los refranes, habrá que tener en cuenta al menos tres aspectos: el valor de los refranes, el conocimiento y el uso de los refranes, lo que trataremos en los apartados siguientes.

1. VALORES DE LOS REFRANES

¿Tienen valor aún los refranes? ¿Merecen nuestro aprecio y que nos ocupemos de ellos? ¿Qué valores tienen? Las actitudes de los hablantes (y de los lectores) ante el fenómeno lingüístico y literario de los refranes constituyen la base que sirva de motivación para el aprendizaje de los mismos, su uso y su

aprovechamiento en el aula. Aquí vamos a destacar los siguientes valores: el cultural, el objetivo, el ético, el comunicativo, el estético y el didáctico.

1.1. VALOR CULTURAL

Como manifestación folklórica que es, el refranero expresa los valores y la visión del mundo del pueblo español a través de los siglos. Así, en el libro de Amando de Miguel *El espíritu de Sancho Panza. El carácter español a través de los refranes* (2000: 15), se considera que el refranero “viene a ser una especie de radiografía de la sociedad, del espíritu popular, de lo que lleva por dentro”. De ahí su utilidad “para entender lo que los españoles del común han sido a lo largo de los siglos”; y no sólo eso: “Está por ver en cada caso cuánto de lo que hemos sido también lo somos ahora” (De Miguel 2000: 166).

Su valor cultural, y por tanto temporal, puede llegar a ser, sin embargo, uno de sus puntos débiles. En palabras de Torrente Ballester (1995, 10), «los refranes pierden eficacia cada vez que las cosas de este mundo cambian y adquieren para quienes las viven un sentido distinto, otra orientación». No obstante, habría que dilucidar si el problema afecta únicamente a ciertos refranes concretos o al refrán como fórmula o recurso, lo cual sería más grave. Y con esto ya nos entramos en el siguiente apartado.

1.2. VALOR OBJETIVO DE LOS REFRANES

Un problema básico es el de la veracidad de los refranes, su relación con la realidad. ¿Todos los refranes son verdaderos? O ¿lo son siempre? Desde luego, se ha hablado bastante de los refranes contradictorios, aunque no siempre de forma acertada, como se verá. Y recordemos la advertencia de Torrente Ballester (1995, 9): «La experiencia de la vida no es uniforme ni coherente; a veces, sus conclusiones son contradictorias, y los resúmenes en que se expresan, los refranes, llevan el mismo color, a veces blanco, a veces negro, de tal manera que para la misma situación o el mismo suceso podemos encontrar el sí o el no, según convenga».

Consecuentemente, y según la visión de otros autores, recogida por Gloria Corpas Pastor (1997, 162-163), no se deben buscar en los refranes verdades de carácter universal sino verdades por defecto; o sea aquellas que «permiten hacer inferencias no estrictas, del tipo *en ausencia de toda información contraria, es lícito creer/suponer que...*». Tal relativismo puede ser inaceptable para quienes ven la realidad blanca o negra, aunque luego no sepan qué hacer con el gris, tan abundante, por otra parte.

Además, y aun admitiendo que hay refranes contradictorios, no deben confundirse con los aparentemente contradictorios, como, por ejemplo, *A quien*

madruga Dios le ayuda y *No por mucho madrugar amanece más temprano*. Como recoge Corpas Pastor (1997: 163), *A quien madruga Dios le ayuda*, “advierte que la buena diligencia suele tener feliz éxito en las pretensiones” (Diccionario de la Real Academia); mientras que *No por mucho madrugar amanece más temprano* “significa que no sirve de nada querer anticipar cosas que tienen que ocurrir en el tiempo debido” (María Moliner). Por lo tanto se trata de refranes que se refieren y aplican a situaciones diferentes, aunque tengan algún punto de contacto.

Para De Miguel (2000: 23) los refranes pueden considerarse “fórmulas para entender el mundo”, tanto a la naturaleza como al ser humano. Lo que sucede, aunque muchas veces nos neguemos a verlo, es que la realidad es muy variada y, con frecuencia, contradictoria, por lo que tan válido es un refrán que afirme una cosa, como otro que la niegue. La realidad da base para ambos juicios.

Según Ilia Ehrenburg (1964: 106-107), «salvo raras excepciones, todos los proverbios mienten –o más exactamente, dicen las verdades al revés–, incluso el clásico proverbio romano *Ubi bene, ibi patria* (“La patria está allí donde se está bien”)). Y concluye: «En realidad la patria también está allá donde se está muy mal». Ehrenburg había nacido en Kíev y, aunque no vivía allí (se ganaba la vida en otro sitio), conservaba su nostalgia del terruño. Y ello, a pesar de que Ehrenburg era judío, lo que podría justificar cierto desapego geográfico. En su caso, no queda muy claro si ese “donde se está muy mal” se refería a Kíev o a Moscú, por ejemplo. Sin embargo, la idea queda clara: la patria puede ser el lugar donde uno reside físicamente o el lugar de nuestras añoranzas, que no suelen coincidir.

Ante la posible diferenciación entre “quienes hacen un país y quienes viven de él”, objeta Augusto Monterroso (1990: 78):

Casi todos los países, antiguos y modernos, han sido hechos por extranjeros. Basta pensar en los Estados Unidos o en la Argentina, para no hablar de Inglaterra, o Francia, o España, cuando les tocó ser hechas por “extraños”. Realmente, yo no creo que nadie sea extranjero, pero, sin pensarlo, la gente se deja llevar por estos conceptos superficiales. Creo que era Juvenal quien decía *Ubi bene ibi patria*, pero eso suena ahora a cinismo.

Se puede, pues, disentir de las propuestas del refranero. Por ejemplo, en *El Periquillo Sarniento*, del mexicano Fernández de Lizardi, obra de 1816, se reproduce una discusión a propósito del refrán *Que el amigo que no da, y el cuchillo que no corta, que se pierdan poco importa*. El defensor arguye que “los refranes son Evangelios chiquitos”, aunque su interlocutor disiente:

–Yo entiendo –le dije– que no todos lo son; antes hay algunos falsos y disparatados de que no se debe hacer caudal; en cuyo número pongo el que usted acaba de citarme, pues habrá muchos amigos cuya amistad será utilísima, aunque no den nada

más que su estimación, sus consejos o su enseñanza, y cierto que la pérdida de estos será sensible a quien conozca lo que valen (Fernández de Lizardi 1980: 459).

También puede suceder que la base real de los refranes no sea tan objetiva como pueda presuponerse. Por ejemplo, sobre el famoso *Homo homini lupus* (*El hombre es un lobo para el hombre*), de Plauto, y sobre una posible inversión del proverbio, comenta Ehrenburg (1964: 131-132):

Manteiful, que estudió la vida estos animales, me dijo que los lobos se atacan rara vez entre sí, y no atacan a los hombres más que movidos por la desesperación del hambre. Pero en el curso de mi vida he visto yo más de una vez a hombres persiguiendo, acorralando, haciendo sufrir a sus semejantes sin ninguna necesidad. Si las bestias pudieran meditar e inventar aforismos, se encontraría sin duda a un viejo lobo de pelaje encanecido por la edad, al que su vecino le hubiera arrancado un mechón de pelos, que aullaría: “El lobo es un hombre para el lobo”.

La variedad del refranero está, pues, determinada por la riqueza y variedad de la realidad misma sobre la que se basan y además por la variedad de opiniones sobre esa múltiple realidad. Esto último queda muy bien ilustrado por el refrán de Sancho Panza: *Pon lo tuyo en concejo, y unos dirán que es blanco y otros que es negro*. O aquel otro referido a la psicología española: *Tres españoles, cuatro opiniones*.

1.3. VALOR MORAL O ÉTICO

Los refranes evalúan conductas, lo que sirve de control no sólo social sino individual. Es verdad que a veces se puede advertir cierto cinismo e incluso desvergüenza. En palabras de Torrente Ballester (1995, 10), aunque los refranes «a veces son o no pasan de ser fórmulas sintéticas de verdades obvias; otras, su alcance o sus pretensiones son de más profunda enjundia, y bien escogidos y ordenados pueden servir de sostén de toda una filosofía de la vida, que a su manera expresan». Además, tienen una curiosa utilidad, pues nos pueden servir de base para dar «un consejo que sólo de esa manera impersonal, tradicional, nos atrevemos a dar. No es nadie el que habla, sino todos; no es un saber de ahora, sino de siempre».

Aunque se le llame al refranero “evangelio chico”, “los refranes no están para proponer conductas edificantes, sino para lograr reflejos defensivos”, según advierte De Miguel (2000: 129). Hay rasgos de egoísmo, cálculo, machismo, etc. Sirva de ejemplo este tríptico sobre la apariencia. Comenzando en la sastrería o en el moderno asesor de imagen: *El sastrerillo engaña al parroquiano, y bien vestido el parroquiano, éste a la mitad del género humano*. Porque ya se sabe: *Botas y gabán disfrazan a mucho pelafustán*. Y al final: “*¡Qué linda mata de romero!*”. Y era un cardo borriquero. Y dos refranes sobre la honradez:

Para medrar, o robar, o heredar, o bien casar; para sólo comer, trabajar suele valer. Porque la realidad no miente: Quien trabaja tiene un camión, quien no trabaja tiene dos.

Y es que, a veces, a través de los refranes se nos presenta la sociedad tradicional española muy lejos del idealismo. Como advierte Amando de Miguel (2000: 237), “maravilla la filosofía de la sensatez que transmite el refranero, pero irrita la crueldad, la desfachatez con que se consideran diversas situaciones de debilidad”. Sin embargo, quizás no sea del todo justificada tal reacción, ya que “se hace desde la sensibilidad actual. Los juicios morales sobre una sociedad difícilmente pueden tener carácter retroactivo”.

Sin embargo, tales defectos pueden suavizarse por la gracia de la expresión. Por ejemplo, “La semana del perezoso”, un refrán extremeño, más extenso de lo normal (sexquipedálico), que dice así:

*Lunes, galbana; martes, mala gana;
miércoles, terciana [fiebre leve];
jueves, tormenta; viernes, mala venta;
total: para un día que falta, no hacer “na”,
y el domingo, para descansar.*

Según afirma Amando de Miguel (2000: 205), “es sabido que el refranero tiene que contentar a todos. Por eso guarda máximas para los virtuosos y para los libertinos”. Quizás, habría que ver, en parte del refranero, una alternativa a la visión tradicional cristiana, que ya cuenta con sus cauces culturales y de difusión.

1.4. VALOR COMUNICATIVO

Los refranes, en palabra de Amando de Miguel (2000: 239), “forman parte de la retórica práctica, la de las conversaciones comunes”. Y es que los refranes, como expresiones fijas que son, suelen utilizarse como recurso expresivo y hasta dialéctico. Su condensación, brevedad, color, ritmo, gracia, etc. no son, en absoluto, despreciables.

Sin embargo, todo tiene su contra. Así, según Joaquín Calvo Sotelo (1992, 192), que los refranes «encubren, con frecuencia, cierta pereza mental es indudable, como también lo es que, en ocasiones, redondean casi apodícticamente una controversia y otorgan, a quien lo trajo a colación, la palma de vencedor». Aunque Amando de Miguel (2000: 13-14) no opina de igual modo: “El recurso a los refranes no tiene por qué significar mal gusto, falta de conocimiento o léxico pobre. La prueba es que, cuando se aprende una lengua, lo último que se domina es el refranero”. Claro que, “incluso después de sabido un refrán, lo difícil es dejarlo caer a su debido tiempo”.

Su utilización es muy variada. Así, una de sus posibilidades, quizás la más frecuente, según De Miguel (2000: 17), es la de “rematar un argumento”. Además los refranes, en cierto modo, “no comprometen” a quien los utiliza, pues «el impersonal “como suele decirse” u otras fórmulas análogas liberan de cualquier responsabilidad a quien trae a colación algún refrán. Es más, le da cierta seguridad, ya que lo que el sujeto opina se ve refrendado por la tradición» (De Miguel 2000:29).

Además, y según el mismo autor (De Miguel 2000: 31-32), los refranes “son un excelente lubricante de la conversación, por la simple razón de que es fácil estar de acuerdo con el sentido de los dichos que se aluden”. Más discutible nos parece lo que afirma a continuación: “Al menos, ese punto de contacto hace que los que conversan amigablemente no pasen a discutir o a enfrentarse. Es una función parecida a la que cumplen los comentarios rituales sobre el tiempo atmosférico”.

El refrán supone cierta polifonía textual. No es lo mismo que un autor se invente una expresión metafórica más o menos original, que echando mano del fondo común de la tradición, introduzca un refrán en un texto. A veces esto se hace sin previo aviso, en la confianza de que el receptor domina el corpus sentencioso, al igual que el léxico. Sin embargo, no siempre es así; y ello es más probable en casos de textos que procedan de culturas un tanto alejadas (aunque hay muchos refranes similares, casi calcados). Por ejemplo, leemos en Ehrenburg (1964: 53):

No puedo aventurarme a suponer lo que sentía [Pasternak] en los últimos años de su vida: no me encontré con él, y quizás, aunque nos hubiésemos encontrado, no hubiera sabido nada. El alma de los demás es siempre oscura. No logro comprender el motivo que pudo haberle impulsado, en aquella misma autobiografía, a renegar de la vieja amistad con Maiakovski.

Aquí Ehrenburg justifica su ignorancia sobre los sentimientos de Pasternak basándose en el proverbio ruso: *El alma de los demás es siempre oscura*. Sobre el mismo refrán, aunque con diferente traducción advierte Zúñiga (1983: 177):

El pueblo ruso ha creado un proverbio “El alma ajena son tinieblas” que hará desistir a quien intente entrar en los secretos de los demás, ya que el alma humana parece huir ante toda indagación, por lo que el príncipe Mishkin –de *El idiota* de Dostoievski– exclama: “¿Por qué no podemos nunca saberlo todo del otro?”.

Y en una novela de Konstantin Simonov (1976: 151), leemos un párrafo que también parece relacionarse con dicho proverbio: “Penetrar en el alma de otro es imposible, pero, durante aquellos días Sintsov pensó reiteradas veces que Serpilin no temía a la muerte. Quizás no fuera así, pero esa era la impresión que tenía”.

Este mismo conocimiento o ignorancia de los refranes puede determinar también la interpretación de algunos títulos, con la importancia que ello tiene (las expectativas que el título crea suelen ser decisivas para la comprensión de muchos textos). El título “La lezna en el saco”, de un cuento de Chejov (1971:467), resulta enigmático e incomprensible para un occidental. Gracias a una nota informativa, todo se aclara: «El título *La lezna en el saco* (*shilo v meshke*) está tomado de la primera parte del refrán ruso: *shila v meshke ne utaish*, literalmente: “No se puede esconder la lezna en el saco”, en el sentido de “todo termina por saberse”». Y, en efecto, el cuento trata del viaje que hace un administrador político pensando coger a la gente desprevenida; al descubrir, por la conversación con el cochero, que todo el mundo ya lo sabe y que se han tomado las medidas oportunas, decide, quemado, dar la media vuelta.

Otra posibilidad es el uso “creativo” de refranes, donde el hablante parte de un refrán para modificarlo en su forma o en su contenido. Normalmente esto produce un efecto cómico. Ana Vígara (1993: 272) propone este ejemplo, donde un joven se defiende de la acusación de vago:

- Joder, tío, lo tuyo es grave, eh...
- Hombre, no, macho, es que *a quien madruga..., Dios le tiene que premiar con una siesta...*

Otras veces el refrán aparece un tanto diluido y fragmentado, como puede verse en este párrafo de Rafael Conte (2004: 11), referido a los problemas que provoca el intento de publicar las obras completas de Max Aub, por su abundancia:

El proyecto inicial preveía once (gruesos) volúmenes, que son más bien “apartados”, pues los cuatro publicados hasta hoy (que yo sepa) se han convertido en seis, duplicando el tercero y el séptimo por la abundancia de material que se va recopilando, y mucho me temo que va a seguir pasando lo mismo con otros de los apartados, aunque siempre será mejor que así suceda, que *no por ahorrar amanezca más temprano* sin amanecer del todo, dejándonos material en el tintero (Conte 2004: 11).

El lector competente en el refranero relacionará la parte que hemos subrayado, con el refrán *No por mucho madrugar, amanece más temprano*.

A los pocos días del texto anterior, leemos en otro artículo de Fernando Savater (2004: 18): “Ninguna autoridad vasca, que yo sepa, ha dicho nada contra *quienes sembraron esas tempestades*, aunque ahora se quejen de ver la cosecha obtenida”. En la parte que hemos transcrito con cursiva, se encuentran los ecos, aunque un poco modificados de *Quien siembra vientos *cosecha tempestades*.

1.5. VALOR ESTÉTICO

El refrán, según Torrente Ballester (1995, 10), «es un objeto estético que puede ser estudiado como tal, prescindiendo de sus contenidos morales o de sus consejos prácticos». Y opina que, «como tal objeto estético, nunca pasará de moda, y si no su contenido, su forma, sus métodos de síntesis verbal, su uso, a veces violento, de las palabras será tema de curiosidad y estudio».

Además, como advierte L. Iscla Rovira (1989, 24-25), «España es el país de los refranes por excelencia. Los usaron nuestros dramaturgos del Siglo de Oro y adornan generosamente las tres obras más salientes de nuestra literatura: *El Libro del buen amor*, del Arcipreste de Hita; *La Celestina*, de Fernando de Rojas, y *Don Quijote de la Mancha*, del inmortal Miguel de Cervantes».

Quizás el problema más grave del refranero sea que, además de que sabemos y usamos muy pocos, éstos sean, paradójicamente, de los menos interesantes. Si no por su contenido, al menos por su forma.

1.6. VALOR DIDÁCTICO

Los refranes se pueden aprovechar en el aula, al menos, de tres maneras: como materia de aprendizaje, como recurso motivador y como instrumento para fines tales como fomentar la expresión escrita, la discusión oral, la creatividad artística, etc. A ello aludiremos en el apartado de actividades, al final de este artículo.

Sobre el atractivo de los refranes entre la gente menuda, opina Arturo Medina (1990, 53) que “escapan *grosso modo* del interés y de la comprensión infantiles, mas también es verdad que bastantes de ellos, por la facilidad de su retención, por sus contenidos y por la claridad y belleza con que están expresados, son manifestaciones apropiadas para el gusto de los niños”.

2. EL APRENDIZAJE DE LOS REFRANES

En una planificación didáctica para el aprendizaje de los refranes, habrá que concretar los contenidos, las habilidades y las actitudes. Veámoslos.

2.1. CONTENIDOS

Saber qué son los refranes, para qué sirven; los terrenos concomitantes (aforismos, adagios, citas, etc.); sus valores; recordar los refranes más comunes; conocer alguna fuente bibliográfica de la zona; su persistencia en la literatura española; equivalentes en el segundo idioma, etc.

Centrándonos en el conocimiento de los refranes mismos, no puede obviarse que se trata de un mundo inmenso e imposible de abarcar. Sirva como referencia un simple título: *Más de 21.000 refranes castellanos*, de Francisco Rodríguez Marín. Según leemos en Sánchez Paso (2002: 5), Martínez Kleiser llegó a recopilar sesenta y cinco mil refranes. Además, siendo de muy desigual contenido y valor, se impone cierta selección. Vamos a considerar, pues, algunos criterios (en realidad, características) a partir de los cuales, y según nuestra opinión, se podría determinar la posible utilidad de los refranes, dentro o fuera del aula.

2.1.1. Según su temática

El refranero brinda una enorme variedad de temas: agrícolas, meteorológicos, morales y de conducta apropiada, etc. Al respecto pueden consultarse los índices temáticos de muchos libros de refranes (Junceda, por ejemplo) o la recopilación de Iscla Rovira (1989). Por su parte, Juliana Panizo ha publicado una serie de artículos en la revista *Folklore*, donde se agrupan y comentan refranes sobre temas concretos.

Como hay refranes para todo, hay quien se ha tomado el trabajo de elaborar colecciones temáticas de lo más variado. Quizás una buena forma de introducir el refranero es a través de la especialización profesional. Por ejemplo, a partir del *Refranero estudiantil*, de Sánchez Paso (2002), se podría sacar material no sólo sobre la picaresca estudiantil, sino también sobre los problemas de aprendizaje; sirvan tres muestras: *El que desea aprender muy cerca está de saber*; *Estudiante memorista, loro a la vista*; *Libro cerrado no saca letrado*. Otro texto, quizás más accesible, aunque más antiguo, es el de Juliana Panizo (1992): “Refranes alusivos a la enseñanza”.

2.1.2. Según sus connotaciones

Aunque no pretendemos agotar este apartado, hay, por ejemplo, refranes que tienen marca inequívoca de ruralismo, como *A buey viejo, cencerro nuevo*; o *A otro burro con esa albarda*. Otros tienen marca un tanto trascendentalista (los que tocan verdades muy generales y de carácter filosófico), como *A veces, una cosa ves, y otra es*. O marca de arcaísmo: *A capa vieja no dan oreja*, donde es arcaica la prenda y la expresión *dar oreja*, por *escuchar*. Otros tienen connotaciones geográficas más o menos inequívocas, como el refrán mexicano citado por Corpas (1997: 167) *Al nopal se le va a ver sólo cuando tiene tunas* (hay gente que sólo visita a los amigos, cuando necesita algún favor).

Pero no solo el refrán tiene connotaciones, sino que también el mismo hecho de usarlos podría caracterizar, en principio, a la quien los utiliza. Podría

pensarse que, como advierte Amando de Miguel (2000: 175), “el refrán es la cita del que no ha podido ilustrarse mucho y de quien se sabe con menguada autoridad”; de lo que puede ser prototipo el mismo Sancho Panza. Sin embargo, en *El Quijote*, los refranes también los usan don Quijote y Cervantes por su cuenta.

Sobre su uso, advierte el mismo autor (De Miguel 2000: 238-239):

Lo que no se puede hacer es despreciar el género refranescos como mínimo o vulgar en nombre de la alta cultura. Algo que ha ido decantándose con los siglos tiene que merecer algún interés. No es casualidad que la gran obra de la literatura castellana, el *Quijote*, haga una finísima aplicación de los refranes.

Frente a los refranes antiguos, más que anticuados, se pueden proponer algunos más modernos. Así, Fermín Sacritán, en 1907, y en su *Doctrinal de Juan del Pueblo*, propuso algunos refranes, de carácter humorístico, relacionados con el automóvil, como *Dime tu marca, auto, y te diré quién es tu amo*. O *De los adelantados nacen los descalabrados* (tomado de De Miguel 2000: 27) Hoy, después de casi un siglo, corre ese de *Mujer al volante, peligro constante* (refrán, hay que decirlo, de veracidad relativa como todos).

Sin embargo, en muchas cosas, ni el hombre ni la sociedad han cambiado tanto; entonces, la modernidad del refranero se muestra para nuestra sorpresa. Como en *Roba mucho, si es que robas, y te librarás de la horca*. Que ni creado a propósito de los grandes pelotazos y desfalcos de nuestra época.

2.1.3. Por su estructura o género

Frente a refranes expositivos, más o menos abstractos, hay otros que podemos calificar de anecdótico-narrativos (subyace una historia que se adivina fácilmente). Este factor podría servirnos para medir su dificultad y atractivo. Según Ángel Palomino (1978, 251), quizás el cuento más corto sea ese que consta sólo de seis palabras: *Éramos pocos y parió la abuela*. De un texto de Lobo Antunes (2004: 24) recogemos este refrán húngaro: “*Más vale poco que nada*”, dijo el ratón e hizo pis en el mar.

2.1.4. Por sus recursos

Abundan en los refranes las figuras retóricas (personificaciones, metáforas, etc.), ello supone que quien los oye debe hacer un ejercicio de interpretación: *No hay tal maestro como fray Ejemplo* (personificación).

Iscla Rovira (1989: 27-28) diferencia los tipos de refranes según su modo de significar: figurado o literal. Así, tenemos cuatro tipos de refranes: 1) Los que sólo tienen sentido figurado, por lo que hay que interpretarlos como metáfo-

ras (*Quien siembra viento recoge tempestades*). 2) Los que tienen sentido en parte figurado y en parte literal, como *Quien despierta a perro dormido* [literal] *vende paz y compra ruido* [sentido metafórico]. 3) Los que admiten interpretación total literal y metafórica, como *Quien con perros se acuesta con pulgas se levanta*. 4) Los que sólo tienen sentido literal, como *Cuando llueve y hace sol, sale a paseo el caracol*.

2.1.5. Por sus niveles de significación

Esto determina su facilidad o dificultad de interpretación. Hay refranes directos, como los meteorológicos o los de salud y remedios: *La pierna, con el lecho; y el brazo, en el pecho*.

Por contra, otros refranes admiten, como advierte Corpas Pastor (1997, 164), tres niveles de interpretación. Así, para *A rey muerto, rey puesto*, la primera interpretación sería *literal* y haría referencia a la línea sucesoria y equivaldría a *El rey ha muerto, viva el rey*. El segundo nivel de interpretación, *estándar*, sería fruto de un proceso de generalización: el vacío que alguien deja lo ocupa otro. Y, finalmente, en el tercer nivel, *el contextual*, el significado lo darían las circunstancias concretas en que se usa; por ejemplo: “Puri dejó a su novio tras una pelea y ahora sale con José. *A rey muerto, rey puesto*”.

2.1.6. Por su protagonismo

Hay refranes protagonizados por seres humano y por animales, entre otros. Quizás el mundo animal resulte más atractivo para los niños, además de que implica niveles de comprensión o de abstracción. Un ejemplo: *Haz rico a un asno, y pasará por sabio*.

2.1.7. Por su sonoridad

El que un refrán se atenga a las normas métricas y de rima le hace más atractivo y más fácil de recordar, e incluso podría contribuir a su credibilidad, a que sea sentido como más verdadero que otro.

2.1.8. Por su frecuencia de uso

Este criterio no sólo es interesante por motivos de práctica pedagógica: si hay que aprender (y usar) refranes, lo lógico es comenzar por los más frecuentes (así se hace con el vocabulario o las estructuras sintácticas). Hay algo más: la frecuencia se relaciona con la validez del refrán mismo. En opinión de Amado de Miguel (2000: 16), “la validez de un refrán depende mucho de que el interlo-

cutor lo reconozca, o por lo menos le suene como algo familiar”. Y es que los refranes “no por sabidos pierden peso argumental. Antes bien, el hecho de que se hayan oído muchas veces les da mayor fuerza probatoria” (De Miguel 2000: 13).

Sin embargo, quizás los refranes menos frecuentes cuentan con el atractivo de la novedad y la frescura, ya perdidas por otros a causa del desgaste.

2.1.9. Por su inteligibilidad

La oscuridad de un refrán puede estar motivada por su léxico, por su construcción o por referencias culturales. En estos casos, el aprendizaje de un determinado refrán incluiría el de otros conocimientos, lingüísticos o extralingüísticos.

Resulta muy perceptible el paso del tiempo en un refrán como *Más cura la dieta que la lanceta*. Cuando lo publicó Oliver Rodríguez (¿1910?: 245), puso una nota para explicar la que suponemos palabra menos inteligible entonces: *dieta*. Sin embargo, hoy se siente la necesidad de explicar *lanceta*. El refrán se refiere a la ya desusada práctica terapéutica de la sangría, consistente en abrir una vena, con una lanceta (instrumento quirúrgico), para provocar una hemorragia controlada. Algunas películas recogen tal práctica médica.

2.1.10. Por su carácter serio o festivo

Hay refranes para todos los humores. Sin embargo, el carácter jocoso parece ser una de las características que diferencian a nuestro refrán de otro tipo de paremias. Julia Fernández Sevilla (1988: 56) recoge una serie de calificativos al respecto, dados a los refranes por quienes han reflexionado sobre ellos: “deleitoso e sutil” (Valdés); “donaire, gracia...” (Mal Lara); “chistoso”, “festivo”, “chocarrería”, “jocosidad” (Sbarbi y Montaner); “agudeza chistosa” (Hoyos); etc.

Este carácter jocoso puede ser uno de los grandes atractivos de los refranes en el aula. Copiamos algunos refranes de tipo de jocoso: hiperbólicos: *Picóme una araña y atéme una sábana*; surrealistas: *A quien Dios quiere bien, la perra le pare lechones*; irónicos: *Hubo seis platos en la boda de Antón: cerdo y gorriño, puerco y marrano, guarro y lechón*.

2.1.11. Por sus valores éticos

Algunos refranes resultan muy cuestionables por su machismo, racismo, cinismo, agresividad, etc. Quizás con la moral de algunos refranes suceda lo

mismo que con algunas fábulas esópicas: reflejan una lucha despiadada por la subsistencia, si no se limitan, simplemente, a describir situaciones muy alejadas de la utopía. Como observa Amando de Miguel (2000: 25), “en realidad, no se trata de preceptos morales (el deber ser), sino de constataciones, un tanto insolentes [a veces], de la experiencia”.

Por otra parte, en otros refranes quizás encontramos la clave para más de un problema, como el consumismo o el inconformismo actuales. Por ejemplo: *A quien con poco se contenta, el diablo no le tienta. O: Si no puedes lo que quieres, quiere lo que puedes.*

2.2. ACTITUDES

Valorar los refranes teniendo en cuenta todo lo dicho en el primer apartado de este artículo, especialmente como sabiduría propia del grupo, no implica necesariamente su uso, aunque sí el interés por su conocimiento y dominio. Se podría comparar con lo que se denomina *léxico pasivo*, el que se conoce y entiende aunque no se usa. De forma semejante, no será imprescindible que el hablante de nuestro idioma se decida a usarlos, igual que recuerda y disfruta una poesía, sin necesidad de tenerla que recitar públicamente.

2.3. PROCEDIMIENTOS

Las habilidades que contribuyen a lo que podemos denominar “competencia parémica” serían, además de la recordar refranes, las siguientes: la de identificarlos, conocer sus funciones y usos en el discurso, la habilidad de interpretarlos y la de usarlos.

2.3.1. *Habilidad de identificación de refranes*

No sólo los conocidos sino también los refranes nunca oídos. Para ello, debería encenderse una alarma cada vez que nos topamos con una construcción que tenga ciertas semejanzas con el refrán, por su forma (brevedad, ingenio, ritmo y rima, ciertas figuras literarias), por su contenido (sentencioso, abstracto) y por su función en el discurso.

2.3.2. *Conocer sus funciones y usos en el discurso*

El uso de los refranes puede tener fundamentalmente tres de las llamadas funciones del lenguaje: la conativa, la fática y la poética.

Así, por la función conativa, el refrán a veces ordena, otras sugiere y otras, simplemente, expone un estado de cosas o una visión de la realidad que implícitamente invita a seguir un camino.

Pero también podemos decir que tiene función fática, de contacto. Como advierte Amando de Miguel (2000: 208) al comentar el refrán *La aseada de Burguillos, que lavaba los huevos para freíllos, y echaba un gargajo en el aceite, para ver si estaba caliente*, y a su empleo de la antifrasis, “figura que gusta mucho al refranista, y naturalmente también al pueblo que representa”, “muchos refranes cumplen el papel de distender la conversación. No es poco en una sociedad como la española donde las relaciones interpersonales han sido tan tensas y solemnes”.

Los refranes, como advierte el mismo autor (De Miguel 2000: 239), “proporcionan un gran sentimiento de solidaridad intergeneracional. Lo que decimos al enunciar un refrán lo han suscrito muchos antepasados nuestros. Al fin lo que más nos une con ellos es un modo de ver el mundo a través de la lengua. No otra cosa es la cultura”.

La función poética, incluso la lúdica, se cumple especialmente al contacto con los recursos poéticos (ritmo y rima) y expresivos (uso de las diferentes figuras retóricas) de los refranes, que provocan un goce estético en quien los oye.

En palabras de Amando de Miguel (2000: 18), una de las utilidades de los refranes es que «dan a la conversación el punto de ingenio que tanto aprecian los españoles. Naturalmente, si los refranes no son bien “traídos” pueden resultar cansinos, adocenados y odiosos».

Sobre el valor que el pueblo español da a las habilidades verbales son testimonio refranes como *Quien quiera medrar, la lengua ha de manejar*. O este otro: *¿Quién te hizo rico? Quien me hizo el pico*.

2.3.3. Habilidad de interpretación

Partiendo de su significado literal y abstracto o estándar del refrán pasamos a su interpretación contextual (tratadas en el apartado 2.1.5). Y juzgar si están bien usados. Esta función también tiene relación con los usuarios de la lengua española. Advierte Amando de Miguel (2000: 218), los refranes:

Los entiende bien un español que no haya acumulado mucha escuela, con tal de que haya vivido lo suficiente. Los comprende peor un extranjero que haya estudiado el castellano solo para salir del paso. No conocerá bien la lengua hasta que no domine el sentido de los refranes, Por eso mismo se dice del castellano que es la lengua de Cervantes.

2.3.4. Habilidad de uso

Para ello es necesario recordar refranes y saber detectar las circunstancias en que es posible utilizarlos, evaluando si es adecuado hacerlo según otras circunstancias: oyentes, posibles efectos no deseables, etc.

2.3.5. Habilidad para interpretar refranes exóticos

Proponemos dos refranes rusos: *Los huevos no aconsejan a las gallinas*; y *Cada cual tiene sus propias cucarachas en la cabeza* (se refiere a las rarezas).

3. ALGUNOS EJERCICIOS CON REFRANES

La selección de estos ejercicios dependerá de diversos factores: el nivel de los alumnos, los objetivos, el tipo de código utilizado (oral o escrito; verbal o icónico) y el tipo de participación (individual o en grupo), entre otros.

3.1. EJERCICIOS DE COMPRENSIÓN

3.1.1. El refrán como base para escribir un cuento

El objetivo sería fomentar la imaginación coherente y la comunicación escrita. El ejercicio consiste en leer un refrán y que los alumnos se imaginen la historia que podría haber en el fondo de él. Por ejemplo: No por mucho madrugar amanece más temprano; Quien se lo comió como racimo, ayúnelo como vino; Dar para recibir no es dar sino pedir.

Elementos que podrían facilitar este ejercicio: 1) Que la historia no sea muy extensa. 2) Que el maestro explique brevemente el cuento. 3) Presentar una ilustración como las que figuran en las páginas del diccionario de Junceda.

A los más pequeños se les puede contar el cuento, para que ellos dibujen una o varias escenas del mismo y escriban debajo el refrán, cuidando la caligrafía y la ortografía.

3.1.2. El refrán como base de una composición poética

A partir de un refrán, y aprovechando más o menos libremente sus elementos verbales y su contenido, construir una copla o seguidilla. Ya se hizo en pasados siglos. Margit Frenk (1961, 160) ha estudiado casos en que el refrán se ha convertido en canción con ciertas ampliaciones y modificaciones. Rodríguez Marín, al lado de *No hay luna como la de enero, ni amores como el primero*, cita esta canción:

*No hay lunita más clara / que la de enero;
ni amores más queridos / que los primeros.*

Los refranes glosados del licenciado Sebastián de Horozco (edición de la RAE de 1916) podrían servir también de punto de referencia. Copiamos la glosa al refrán *Al hombre mudo, todo bien huye* (equivalente a *El que no llora no mama*):

No puede medrar un pan el hombre que hoy es callado: conviene ser charlatán y entonces todos le dan y de todos es premiado.	Y ser callado y sesudo a necesidad se atribuye: más vale obrar de agudo pues vemos que <i>al hombre mudo</i> <i>todo bien se va y se huye.</i>
---	--

3.1.3. Composición o análisis ensayístico

Se fotocopian los refranes referentes a un tema determinado –por ejemplo, los libros o la lectura (Iscla Rovira, 1989, p. 126)–, y se reparten entre los alumnos para que hagan una redacción, comentando sus contenidos o la visión que nos ofrecen. Podría servir como modelo alguno de los artículos de Calvo Sotelo, recogidos en *La bolsa de los refranes* (1992).

3.2. EJERCICIOS DE APLICACIÓN

3.2.1. Aplicación de un refrán a diversas situaciones

Se lee un refrán y se hace una «lluvia de ideas» sobre posibles situaciones (hogar, aula, pandilla, oficina, etc.) donde se podría aplicar. Ello motivará a la reflexión conjunta.

3.2.2. Ilustrar refranes

Se trata de buscar una ilustración para un refrán. Pueden servir de modelo las ilustraciones que aparecen en el libro de Junceda. Existen varias posibilidades; por ejemplo, se puede partir de uno o varios refranes y buscar, en una revista, periódico o libro de arte, una foto que admita el refrán como comentario. También, a la inversa, se puede buscar la ilustración primero.

3.2.3. Crear unas aleyas con refranes

Se parte de un tema concreto –por ejemplo, los perros (Iscla Rovira, 1989, p. 80)–, se reparten los refranes, y cada alumno crea una ilustración sobre el refrán, para juntarlas luego en un pliego gigante de aleyas.

3.2.4. Titulares de prensa

Se trata de aplicar refranes a fotos o noticias. El refrán haría de título de la información; y, como subtítulo, se utilizaría el titular de prensa.

3.3. EJERCICIOS DE ACTITUDES

Se trata de ejercicios que contribuyan, de algún modo, a favorecer la visión positiva de los refranes.

3.3.1. Refranes vueltos

A través de este ejercicio se pretende crear y fomentar cierta simpatía por los refranes, al mismo tiempo que se fomenta la creatividad. Gárfer y Fernández (1989, 33) se refieren a estos ejercicios en que partiendo del primer miembro de un refrán, se inventa «jocosamente» el segundo. Algunos de los ejemplos que dan (pp. 261-263): *Aunque la mona se vista de seda... en el zoológico se queda.*

3.3.2. Debates sobre refranes

Se puede discutir y argumentar sobre las posibilidades de uso de los refranes en la vida diaria: por qué usarlos, cuándo o con quién; qué función tuvieron o pueden tener ahora. Se podría fotocopiar el texto «La decadencia del refranero», de J. Calvo Sotelo (1992, pp. 191-192), como base para el debate.

Otro tema fundamental es la veracidad de los refranes. Se puede debatir “Refranes antiguos”, un cuento de Rodari (1985: 76). En realidad se trata de cuatro relatos muy breves cuyo temática común es la cuestionable veracidad de los refranes y la contradicción entre algunos de ellos. Vamos a citar, como muestra, la parte que se refiere a refranes contradictorios:

Una vez se encontraron tres Refranes Antiguos, y apenas habían abierto la boca cuento empezaron a discutir:

–El que da primero da dos veces –dijo el primero.

–En absoluto –exclamó el segundo–, en medio está la virtud.

—Craso error —exclamó el tercero—, hasta el fin nadie es dichoso.
Se agarraron del pelo y todavía siguen zurrándose.

También se puede hacer un ejercicio posterior de imitación, con refranes diferentes, aunque en situaciones similares a las que explota Rodari.

3.3.3. Refranes para pedantes

Lo popular es directo y natural; lo pedante, enrevesado y artificial. Siguiendo la idea de M. Gismero (1998, 3), podemos proponer ejercicios de transformación de refranes cambiando sus palabras por sinónimos, circunloquios o definiciones de las mismas. Así, tendremos: *A perturbación atmosférica, rostro jocundo* (por «A mal tiempo, buena cara»). O *En cavidad bucal obstruida no penetran insectos dípteros de la familia músidos* (por «En boca cerrada no entran moscas»).

3.4. EJERCICIOS DE INVESTIGACIÓN

Este tipo de ejercicios puede contribuir a un mejor acercamiento y mayor conocimiento del enorme corpus de refranes, y puede hacerse con la profundidad o extensión que convenga en cada caso. Nos referiremos tan sólo a dos posibilidades.

3.4.1. La recolección de refranes

Puede tener objetivos muy variados: motivar su conocimiento (es una manera de familiarizarse con los refranes, como la de oírlos en la vida diaria); motivar su uso (por ejemplo, los propios de la comunidad en que uno vive); crear un corpus de los usados en una zona, con la comprobación de si han sido recogidos en alguna recopilación anterior; etc.

Nos interesan dos tipos de recolección: 1) En lista: se pide al informante que diga los refranes que conozca, y se apuntan, incluyendo el significado que se le atribuye. 2) Contextualizada: se apunta el refrán y el contexto en que se ha oído utilizar. Puede hacerse en obras literarias.

3.4.2. Elaboración de un refranero propio

Se invita a los alumnos a que seleccionen, comenten e ilustren en un cuadernillo los refranes que más les gusten. El título lo deberán poner ellos mismos (uno escogió *Mi refranero secreto*). Cada refrán irá en una página independiente, con comentarios e ilustraciones. Una sección podría ser «Los refranes que

utilizan mis padres o de mis abuelos». También se puede hacer una parte de *records*: el refrán más corto o el más largo, el más tonto, el más divertido, el más incomprensible, etc. Se puede hacer una exposición de estos materiales e, incluso, un concurso.

4. EL ARPA, LOS REFRANES...

El refranero podría compararse, sin pretensiones de originalidad, con el arpa del famoso poema de Bécquer; arpa silenciosa, relegada al segundo término de la cultura actual; arpa en paciente espera de que alguien quiera pulsarla. La música del refranero, con sus múltiples registros y sugerencias, a nadie suele defraudar.

BIBLIOGRAFÍA

- APARICIO, J. y PACHECO, M.A. (S.F.) “Los animales y los refranes”. En *Viajes por el mundo* (vol. 6). Madrid: ESCO.
- CALVO SOTELO, J. (1992): *La bolsa de los refranes*, Madrid: Grupo Libro 88.
- CONTE, R. (2004): “Completando a Max Aub”. En *Babelia*, 634, 24-I-04, p. 11.
- CORPAS PASTOR, G. (1997): *Manual de fraseología española*. Madrid: Gredos.
- CHEJOV, A. (1971): *Relatos (1883, 1884, 1885)*. Traducción de A. Vidal. Barcelona: Nauta.
- DOVAL, G. (1995): *Del hecho al dicho*, Madrid: Del Prado.
- EHRENBURG, I. (1964): *Un escritor en la Revolución*. Barcelona: Mateu.
- FERNÁNDEZ DE LIZARDI, J. J. (1980): *El Periquillo Sarmiento*. Barcelona: Sopena.
- FERNÁNDEZ SEVILLA, J. (1988): *Hacia una aproximación conceptual de las paremias francesas y españolas*. Madrid: Complutense.
- FRENK, M. (1978): «Refranes cantados y cantares proverbializados», recogido en su obra *Estudios sobre lírica antigua*. Madrid: Castalia, pp. 154-171.
- GÁRFER, J. L. y FERNÁNDEZ, C. (1989): *Acertijero popular español*, Madrid: Fundación Banco Exterior.
- HOROZCO, S. De (1916): «Refranes glosados». *Boletín de la Real Academia*. Tomo III, cuaderno XI. Madrid: Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, pp. 98-132.
- GISMERO, M. (1998): «Refranes para pedantes». *El Diario Palentino*, 19-7-98, p. 3.
- ISCLA ROVIRA, L. (1989): *Refranero de la vida cotidiana*. Madrid: Taurus.
- JUNCEDA, L. (1995): *Diccionario de refranes*. Madrid: Espasa-Calpe.
- LOBO ANTUNES, A. (2004): “Más vale poco que nada, dijo el ratón e hizo pis en el mar”. *Babelia*, 644 (27-III-04), p. 24.
- MEDINA, A. (1990): «La tradición oral como vehículo literario infantil. Sus valores educativos», en P. Cerrillo y J. García Padrino (coords.): *Literatura infantil*. Madrid: Universidad de Castilla-La Mancha.

- MIGUEL, A. De (2000): *El espíritu de Sancho Panza. El carácter español a través de los refranes*. Madrid: Espasa-Calpe.
- MONTERROSO, A. (1990): *Viaje al centro de la fábula*. Barcelona: Muchnik Editores.
- OLIVER RODRÍGUEZ, E. (1910): *Prontuario del idioma*. Barcelona: Sucesores de Manuel Soler.
- PALOMINO, Á. (1978): *Plan Marshal para cincuenta minutos*. Madrid: Espasa-Calpe.
- PANIZO, P. (1992): “Refranes alusivos a la enseñanza”. *Folklore*, vol. 12, pp. 96-102.
- (1999): *Refranero temático castellano*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- RODARI, G. (1985). *Cuentos por teléfono*. Barcelona: Juventud.
- SÁNCHEZ PASO, J. Á. (2002): *Refranero estudiantil*, Salamanca: Consorcio Salamanca 2002.
- SAVATER, F. (2004): “Cultura y caradura”. *El Norte de Castilla*, 27-I-04, p. 18.
- SIMONOV, K. (1976): *De los vivos y de los muertos*. Moscú: Progreso.
- VIGARA TAUSTE, A. M^a. (1993): “Pre-texto y realización del sentido en el español coloquial”. En *Paremia*, 2, Madrid, pp. 267-275.
- ZÚÑIGA, J. E. (1983): *El anillo de Pushkin. Lectura romántica de escritores y paisajes rusos*. Barcelona: Bruguera.